

EDITORIAL

GEOGRAFIA: DESARROLLO LOCAL Y REGIONAL

Analia S. Conte¹

El propósito que plantea este editorial es mostrar cómo, una serie de tendencias geográficas, históricas, políticas, económicas y hasta epistemológicas, han convergido durante los últimos años para construir un nuevo paradigma del desarrollo, de suma importancia para la geografía y para su intervención en lo que respecta al territorio. La necesidad de insertar el desarrollo local en el marco territorial regional, nacional y supranacional puede obtener de la acción profesional de los geógrafos, una contribución fundamental.

Teorías clásicas del desarrollo: perspectiva económica

Casi al término de la década del 60, un interesante artículo de Keeble (1967) señalaba el escaso interés demostrado por los geógrafos, en esa época, por los estudios del desarrollo y lo atribuía al tradicional interés de éstos profesionales por la investigación de los casos únicos o individuales, esto es, por el método idiográfico. Al decir de ese autor, el método predominantemente idiográfico, seguido en los pocos análisis del desarrollo, estaba en marcado contraste con el adoptado en otras disciplinas.

Fueron los economistas, particularmente, quienes utilizando el método nomotético, se dedicaron a la construcción de modelos para interpretar el desarrollo, en una primera instancia, sin considerar al espacio como variable importante. La mayoría (Kutnets, 1951; Robinson, 1960), sin embargo, parece acordar que al analizar el crecimiento y la estructura económicos, los estados nacionales son las unidades naturales de comparación.

¹ Analia S. Conte. Instituto Interdisciplinario de Historia y Ciencias Humanas IMHICIHU-CONICET. Proyecto Atlas Digital del Desarrollo Territorial de la Argentina. Saavedra 15, Subsuelo, (1083) Ciudad de Buenos Aires. analiasconte@hotmail.com.ar

A lo largo del siglo XX (Mier y Fitzgerald, 1991) se reconocen tres líneas centrales alrededor de las cuales se enfocaría la literatura sobre el desarrollo. La primera se inicia a partir de los años 30 para reducir las disparidades económicas mundiales y promover la industrialización del Tercer mundo; la segunda, a partir de la década de los 60 persigue como objetivos la igualdad y el bienestar y, por último, en la década del 80, se pone la atención en las áreas locales y su dificultad para alcanzar el desarrollo. La concepción del desarrollo como crecimiento económico fue hegemónica hasta la Segunda Guerra Mundial.

Durante las décadas de los 40, 50 y 60, las políticas de desarrollo toman un sentido sectorial y no territorial; es más, la gran mayoría de las interpretaciones y modelos de desarrollo elaborados por los economistas han sido no espaciales, una situación que surge de la eliminación de la variable espacio de la teoría económica (Mc Nee, 1959).

Terminada la guerra los economistas se percatan del error de omitir al espacio en sus análisis y es así que comienzan a diseñar modelos histórico-conceptuales basados en la historia de los países desarrollados. Probablemente, el modelo de Rostow (1959), que considera el transcurso de la historia moderna como un conjunto de “etapas de desarrollo”, sea el más representativo. Este modelo, como la mayoría de los de su tiempo, tiene a las variables económicas como cruciales para el desarrollo. En este caso particular es la tasa de inversión productiva la que facilitará la “etapa del despegue” en el camino del desarrollo.

Los modelos matemáticos especifican, mediante fórmulas, relaciones entre variables económicas como ser: producción, consumo, inversión, etc. Si bien, la mayor parte de estos modelos no contemplan al espacio como variable de análisis, pueden utilizarse para explicar las diferencias en países y regiones respecto de su desarrollo económico.

Los primeros modelos en considerar las variaciones espaciales del desarrollo dentro de los propios países, son los que contemplan la desigualdad regional en la distribución de la renta. En otras palabras, el desarrollo nunca se distribuye uniformemente en el territorio de una nación, sino que se concentra en ciertos puntos generando regiones con diverso nivel de prosperidad económica. En esta línea de especulaciones, Myrdal, a mitad de la década del cincuenta, aplica la idea de “causación circular acumulativa” y señala que el juego de las fuerzas de mercado tiende normalmente a aumentar más que a disminuir las desigualdades entre las regiones; explicando de esta forma, el crecimiento diferencial de las mismas. La interacción entre regiones que crecen y regiones estancadas potencia el crecimiento de las primeras y retarda el de las otras.

Hirschman, en 1958, elabora un modelo, bastante semejante al de Myrdal, en el que sostiene la interacción espacial entre regiones septentrionales que crecen y meridionales que se rezagan, pero, mientras Myrdal no contempla la intervención del sector público en el desarrollo económico, Hirschman, sostiene que la política económica del gobierno actuaría como fuerza compensadora para restaurar las condiciones de equilibrio entre las regiones, en caso que fuera necesario.

En el sentido de que el desarrollo no ocurre nunca uniformemente en una determinada región, surge el concepto de polo de crecimiento, muy relacionado con la obra de Perroux (1955 y 1961) y también con la de otros economistas franceses. Según este autor el polo de crecimiento sostiene su existencia en la localización dentro de él de una importante industria de crecimiento que atrae a otras industrias relacionadas debido a las economías externas creadas en la localidad y, de las cuales, pueden aprovecharse esas otras industrias. Este modelo fue considerado por muchos gobiernos como sostén de su propia planificación práctica del desarrollo regional y fue Boudeville (1957) quien la trasladó al plano territorial.

Por otra parte, la teoría de la dependencia o del intercambio desigual, tiene su origen en el economista argentino Raúl Prebisch (1949) y desarrollada también después por otros investigadores originarios del mundo subdesarrollado, como Celso Furtado (1974) y Samir Amin (1973). Esta teoría sostiene que, la propia lógica del capitalismo, favorece el contraste entre los espacios centrales y periféricos que se puede visualizar a diferentes escalas. Mientras los centros reúnen las funciones dominantes, los sectores motrices, la mayor inversión de capital y los empleos de mejor calidad, las periferias se identifican con territorios especializados en funciones subsidiarias, dependencia de decisiones, capitales y tecnología procedentes del exterior y empleos de baja calidad, informales o precarios. Estas características estructurales no son estáticas sino que se refuerzan con el paso del tiempo debido a la consolidación de relaciones de intercambio desigual que favorecen la acumulación de excedentes en los centros a expensas de la periferia.

Nuevas teorías del desarrollo: perspectiva territorial

Es apropiado reconocer que, a pesar del tiempo transcurrido desde el surgimiento de la teoría del “desarrollo local”, allá por la década del 80, y a la polisemia de los términos que constituyen el concepto, incluso a la existencia de versiones multiparadigmáticas para definirlo que, en ocasiones, llegan a ser contradictorias, lo que sí puede afirmarse con seguridad, es el importante rol que le cabe a los geógrafos en los estudios del desarrollo local (Mérenne-Schoumaker, 1996) o, como bien dice Klein (2006), “la gran relevancia que éstos tienen para la geografía tanto en el plano teórico como en el plano profesional”.

El desarrollo local implica una perspectiva de análisis territorial que entiende al territorio como un concepto compuesto no sólo por una base física o material sino también económica, política y social. El territorio, así concebido, es la base tradicional de intervención para el geógrafo en lo referente a su organización o planificación. Por otra parte, la geografía es un saber clave para interpretar la cambiante realidad social de nuestro mundo y el desarrollo local es un campo de acción preferencial para los geógrafos, en cuanto conocedores de la realidad en sus dos formas tanto tangibles como intangibles.

Sin embargo, en el desarrollo local convergen múltiples perspectivas que tienen origen disciplinar diverso. Tanto geógrafos como economistas, sociólogos o especialistas en ciencias políticas y sociales se ocupan de él. Nuestra intención es realizar un análisis geográfico del tema para lo cual intentaremos abordarlo en relación con la incumbencia disciplinaria de la geografía. Lo local se redescubre tanto en la geografía como en otras ciencias sociales a raíz de la crisis de los modelos de crecimiento fordista y de las modalidades regulatorias del keynesianismo.

El período comprendido entre las dos guerras mundiales vio surgir una serie de tecnologías que dieron lugar a la industria del automóvil, la industria petroquímica y la electrónica. A consecuencia de ello se producen importantes cambios en la estructura industrial, en los métodos de producción y en la organización del trabajo que dará lugar a la creación de nuevos artículos, a los cuales debía encontrársele mercado. La crisis de los años treinta es una consecuencia de esa situación, la falta de un mercado donde colocar la producción masiva de los bienes de consumo que producía la industria.

Las políticas intervencionistas puestas en práctica en los Estados Unidos para salir de la Gran Depresión y el afianzamiento del Estado de Bienestar, en los años 40, permiten a la clase media acceder a los mercados de bienes de consumo. Al mismo tiempo el sector automotor se transforma en el sector dominante alrededor del cual se desarrollan otras industrias como la del caucho, acero, vidrio y electrónica.

Los principales actores del proceso de desarrollo fordista, el Estado, las grandes corporaciones y las organizaciones laborales, realizaron acuerdos que les permitieron mantener un sostenido crecimiento durante la posguerra, apoyado en acuerdos colectivos, sistemas de seguridad social, inversión del Estado en grandes proyectos, etc. Sin embargo, no en todos los países fue igual el desarrollo del fordismo debido especialmente a las distintas formas de intervención del Estado.

El desarrollo se presenta como una estrategia de expansión del modo de vida de las sociedades de producción y de consumo de masas, hacia los países considerados como subdesarrollados. En este período se elaboran las principales teorías del desarrollo regional, en general coherentes con la estrategia fordista de homogenización social, política y económica del territorio nacional. Al decir de Klein (2006), el triunfo de la sociedad nacional sobre la especificidad local tiene enormes consecuencias en lo que respecta al análisis del papel de lo local en materia de desarrollo y a la evolución de la ciencia geográfica.

La estrategia homogeneizadora del fordismo, consistente en imponer el modo de vida de las sociedades de consumo de masas, instaura el paradigma de la planificación regional, que atribuye escasa significancia al lugar. Con el modelo fordista transformado en hegemónico en los países desarrollados, el ordenamiento territorial y la planificación tuvieron un rol central en la vida política y social (Benko, 1999).

Eran los años en que, bajo el impulso de la CEPAL y de la “Alianza para el Progreso”, las políticas de desarrollo se presentaban como el camino necesario para salir de las situaciones de atraso económico y social. La atención a los problemas regionales y urbanos adquiría, en ese contexto, un gran relieve.

El desarrollo regional, que es controlado por los ministerios, las empresas estatales y las sedes sociales de las empresas, favorece la concentración de la población en los centros urbanos a expensas de las culturas locales y de las formas no urbanas de ocupación del territorio.

El capitalismo fordista, caracterizado por la producción y el consumo en masa, por la estandarización de la producción, por una especial forma de producción y reproducción de la fuerza de trabajo, por una fuerte inversión en capital fijo y por el papel tutelar del Estado, entra en crisis a principios de la década de 1970 por la excesiva rigidez del propio sistema y por su incapacidad de adaptarse a las nuevas condiciones.

La crisis de 1973 afectó profundamente al crecimiento económico en todo el mundo y, en concreto, a los países de América Latina. Puso en cuestión toda una época del desarrollo y su valoración optimista y, así también, cambiaron las preocupaciones y los enfoques de los investigadores.

Frente a las políticas keynesianas que habían dominado en los decenios anteriores, se pusieron en marcha, ahora, otras que perseguían la liberalización, la desregulación, la privatización y el carácter subsidiario de la acción del Estado.

A consecuencia de la evidencia del fracaso de estas políticas, emergen alternativas al desarrollo regional y se redescubre la importancia de lo local. El espacio local en sus diversas escalas regional o urbana moviliza a la sociedad civil, movilizando a los actores sociales.

El desarrollo local es interpretado, frecuentemente, como el paradigma más reciente del desarrollo y surge, como decíamos, por una cierta insatisfacción con las teorías tradicionales.

Se puede expresar que el siglo XXI se inicia con la preeminencia de la estrategia del desarrollo local luego de constatar el fracaso del desarrollo económico de los países del Tercer Mundo. El desarrollo de una sociedad fue visto tradicionalmente como un conjunto de atributos adquiridos de “arriba-abajo”, tales como el crecimiento del PBI per cápita, la industrialización de la estructura económica, la democratización y modernización de la sociedad, como señala Madoery (2008), tanto a partir de impulsos exógenos al territorio nacional (vía la ayuda al desarrollo proveniente de los organismos internacionales), o exógenos a las regiones interiores de un Estado (la planificación centralizada o la reasignación territorial de recursos).

La crisis del modelo dominante de desarrollo se manifestó precisamente en su objetivo primordial: a mayor crecimiento económico, más riqueza y mayor inclusión para la población en el desarrollo. Estado y mercado fueron considerados los de mayor legitimidad para conducir el desarrollo en estos términos.

Varios autores ponen en cuestión el modelo de desarrollo clásico; así, por ejemplo, Walter Stöhr (1992) entiende que, ese tipo de modelos debilitó las capacidades de las comunidades territoriales para enfrentar los cambios producidos por la reestructuración económica internacional y utiliza incluso la original expresión de “síndrome de inmunodeficiencia social” contra el “bacilo de la reestructuración económica internacional”.

La crisis del crecimiento económico como base del desarrollo, o incluso, como sinónimo de él, se produce al comprobar que no logra mejorar los niveles de vida en toda la población. La mayor parte de los países en desarrollo no logran experimentar una situación económica, social y política satisfactoria que, por otra parte, se refuerce espacialmente. La pobreza, el problema ambiental, la seguridad urbana, el desempleo y muchos otros problemas, típicos de la sociedad actual, persisten desde años y fueron atravesados por todos los modelos de desarrollo. Esta concepción permite el surgimiento de una nueva, y particular, forma de concebir el desarrollo denominada desarrollo endógeno, “que nace como reacción al pensamiento y a la práctica dominante en materia de desarrollo territorial, en las décadas de los 50 y 60, enmarcados en el paradigma industrial fordista. Representa un cambio en la aproximación al problema del desarrollo, ya que lo entiende como un proceso de “abajo-arriba”, de construcción a partir de las capacidades locales, de los actores personales e institucionales de una comunidad y que, por tanto, presenta una fuerte connotación territorial.

La característica primordial de este enfoque es que no resulta exclusivamente productivista, en el sentido de ocuparse únicamente del proceso de acumulación. Le preocupa también la acción y distribución de las instituciones y las posibilidades de actuación conjunta que tiene la sociedad.

La crisis del fordismo alimenta la decadencia del modelo anterior y el surgimiento del desarrollo local. Esto genera dos tendencias: una neoliberal (De Mattos, 1988; Wolch, 1989) que traspasa ciertas responsabilidades públicas, las privatiza en la sociedad civil y, por otro, se le otorga más poder en la toma de decisiones a las localidades organizadas (Klein, 1992). Emerge, de esta forma, en la geografía y en las ciencias sociales en general, durante la emergencia del postfordismo, el interés creciente por los sistemas de actores y los actores sociales.

El agotamiento del régimen de acumulación fordista hizo pensar, en un primer momento, en la posibilidad de una mayor convergencia de los ingresos per cápita internacionales e inter-regionales pero, a medida que fueron avanzando los procesos de reestructuración, como bien lo señala de Mattos (1998), la divergencia en los ritmos de crecimiento entre países y entre regiones parece haber retomado su carácter de rasgo congénito de la propia dinámica capitalista. Aún con diferencias respecto de lo que se observaba en el período fordista, sigue observándose intensificación y concentración productivo-demográfica en un número limitado de lugares. Le cabe, particularmente a la geografía, establecer cuáles son los atributos que poseen los lugares que tendrán incidencia en la distribución espacial de las actividades productivas y, por lo tanto, también de los respectivos mercados de trabajo.

La evidencia de la crisis del fordismo dará lugar a la consideración de otras escalas diferentes a la del estado nación, como la región, la aglomeración, o el centro urbano, a partir de las cuales y, a través de la movilización de la sociedad civil, se podrán generar acciones de desarrollo. La reconsideración de lo local en plena vigencia del post-fordismo surge entonces como una respuesta a la globalización económica y, en este sentido, coinciden varios autores (Klein y Fontan, 2003; Nogué y Albet, 2007).

Poco a poco se van despejando las dudas con respecto a que no únicamente el crecimiento económico va dar lugar al desarrollo humano. Y así se va comprendiendo, o de alguna forma, volviendo a considerar que el entorno territorial es factor clave del desarrollo. Como bien dice Boisier (1998) bajo diferentes fórmulas administrativas y jurídicas del entorno territorial, la comuna, la provincia, la región, el país, el mundo; la calidad del territorio determina el desarrollo de las estructuras sociales pertinentes en cada escala.

La consideración de la visión territorial del desarrollo presenta la particularidad de ser aplicable a todos los espacios, tanto del tercer mundo como de los países desarrollados, adaptable a todos los discursos tanto de derecha como de izquierda. Posiblemente esta consideración fue la que inclinó a Benko (1999) a expresar que: “el paradigma de desarrollo local se parece a menudo a un *passpartout*”.

Desarrollo local: ¿De qué estamos hablando?

Hasta aquí hemos tratado de contrastar los principios del desarrollo local actual con respecto a la posición clásica del desarrollo económico tratando de encontrar las diferencias y delimitar el campo de acción preferencial para los geógrafos, en tanto conocedores de la realidad en sus dos formas, tanto tangibles como intangibles. A partir de ahora, esbozaremos las principales tendencias en la construcción del paradigma de desarrollo local en América Latina, para finalmente hacer algunas breves referencias al caso argentino.

El desarrollo local, como paradigma de desarrollo, no se impone en forma casual en América Latina, sino que surge como resultado de un estado de situación en la que, habiéndose implementado diferentes alternativas, no se lograron los objetivos pretendidos.

Existen varios procesos a través de los cuales se puede apreciar el surgimiento del interés por el desarrollo local en América Latina.

- La aparición de procesos participativos en las sociedades a medida que muchos países de América Latina iban emergiendo de sus respectivos períodos dictatoriales. En estos contextos los actores sociales de los diversos territorios discuten sus respectivas problemáticas territoriales.
- Durante los años 90, el registro del debilitamiento de los Estados-Nación hizo oportuno el traspaso de algunas de sus competencias a los gobiernos y actores locales, mientras los Estados Nacionales se fueron despojando de sus funciones estratégicas.
- Mientras tanto, los municipios dejaron de ser únicamente prestadores de servicios para convertirse en actores del desarrollo, de forma mucho más activa respecto de tiempos anteriores. Se convirtieron, incluso, en desarrolladores de diversas competitividades territoriales, entre las cuales merece citarse su ocupación en la gestación de microempresas empleadoras de los diversos recursos de capital social territorial.

- Por otra parte derivado de los procesos de cooperación europea se instala la convicción de la necesidad del ordenamiento territorial para generar el desarrollo local y así surgen los proyectos de descentralización y los Planes Estratégicos con la pretensión de promover procesos de desarrollo local.
- Por último el desarrollo local como una forma de análisis social es concebido como una herramienta analítica más que como un instrumento de cambio social. Simultáneamente el desarrollo de los Sistemas de Información Geográfica, con el acopio de variables e indicadores, se convierte en un auxilio fundamental para cumplir esta función.

Tendencias en la construcción del paradigma de desarrollo local en América Latina

El desarrollo local como paradigma del desarrollo no surge por casualidad, sino como resultado del estado de situación y como una forma diferente y alternativa del desarrollo nacional y regional.

La nueva dinámica económica, emergente de los procesos que venimos señalando, está condicionada por la capacidad, tanto de las naciones como de las empresas, para aumentar su competitividad. Así fue que se supuso que, una radical liberalización económica, era el camino idóneo para dinamizar los procesos de acumulación y crecimiento y así fue que, a las estrategias de liberalización económica, se añadió un proceso complementario de globalización del capital y aquí es donde el geógrafo, desde luego que actuando conjuntamente con otros especialistas, tiene mucho para informar y advertir.

Una cuestión clave, será pues, señalar cuáles serán los sectores, actividades y lugares más atractivos para la reubicación del capital. Y aquí la respuesta puede estar en más de un científico, pero es a los geógrafos a quienes les cabe primordialmente la capacidad de señalar los atributos de cada territorio, configurados a lo largo de su historia productiva. Esos atributos dependerán del capital físico o natural de la región o lugar, pero también de la cantidad y calidad de la infraestructura productiva, de la calidad del tejido industrial, de la calidad y costo de la mano de obra. Los políticos se ocuparán de determinar las ayudas para la inversión, los economistas las medidas a tomar para la acción de los mercados, ya que las decisiones de inversión condicionan las perspectivas de acumulación y crecimiento de los territorios. Las externalidades positivas del capital físico y humano, que conoce y jerarquiza el geógrafo, se convierten en focos de atracción para nuevas inversiones.

Bien conocida por los geógrafos es la situación de la desigual dotación inicial de atributos de las regiones o lugares y cómo, de acuerdo a la calidad y cantidad de ellos, tiende a materializarse el flujo de capital.

Albuquerque (1997) utiliza la expresión “acondicionamiento del territorio” para señalar la necesidad de dotarlo de aquellos componentes tangibles e intangibles que permitan crear el entorno socioeconómico, institucional y cultural favorable para la innovación a escala local. Y, más adelante, señala: “Esta cooperación territorial no

se logra por una disposición normativa o decreto, ni es un proceso técnico, ni se consigue a corto plazo. Es siempre resultado de una construcción social de mediano y largo plazos”.

El territorio, como lugar de comunicación directa entre agentes de desarrollo es, pues, algo más que un nivel organizativo o delimitación administrativa del Estado. Como tal, esencialmente es, un actor decisivo del desarrollo económico local, y no sólo un espacio abstracto o mero soporte geográfico de actividades. En este contexto, el desarrollo regional se convierte en la base socio-territorial, categóricamente indispensable, para el desarrollo local y el territorio, más que nunca, debe ser contemplado, al mismo tiempo, como un recinto físico y un ámbito social.

El desarrollo local en la Argentina

En primera instancia, debemos señalar que no pretendemos acometer un análisis exhaustivo del desarrollo local en la Argentina en el marco de este breve texto. Simplemente nos limitaremos a señalar algunas de sus particularidades en torno a los avances, y también obstáculos, que registra su implementación.

Un primer avance puede relacionarse con la inclusión del enfoque de desarrollo local en la agenda pública, pero también, debe reconocerse el descreimiento social de las acciones de gobierno, en sus diversas instancias nacional, provincial y local. Esta cuestión resulta clave para promover proyectos de desarrollo local, razón por la cual habrá que promover conductas que no tengan objeción por parte de los actores sociales.

La densidad institucional necesaria para la implementación de proyectos de desarrollo, en la mayor parte de los gobiernos locales argentinos, es muy débil y esto se ve reflejado en la escasa proporción que logró implementar políticas sustentables de desarrollo local. Por otra parte, salvo algunas pocas excepciones, son los gobiernos locales quienes promueven y ejecutan a su vez, los planes de desarrollo, no se reconoce con fuerza, la interacción necesaria entre los actores de los gobiernos locales y otros actores sociales no estatales. Indudablemente, esto denota el profundo enraizamiento que, en el imaginario colectivo, posee el Estado como centro de las decisiones vinculadas con el desarrollo.

A este conjunto de observaciones enunciadas Cravacuore (2006) agrega otros obstáculos:

- la dosis de desconfianza que se deposita en el Estado local como catalizador del proceso de desarrollo y que, el mismo autor, atribuye a una fuerte tradición centralista en los niveles superiores de gobierno,
- el clientelismo que ejercen los gobiernos locales para reclutar voluntades, que genera desprecio por parte de quienes no son parte, y por último,
- la desconfianza respecto del uso apropiado de los fondos, que forma parte del descreimiento de buena proporción de la sociedad, respecto de los diferentes niveles de gobierno.

Por otra parte, corresponde señalar que, obtener el desarrollo a partir de la iniciativa local, reviste el riesgo de caer en el localismo, de lograr el desarrollo de una colectividad a expensas de la capacidad de desarrollo de otra u otras localidades. Superar este riesgo implica insertar el desarrollo local en un marco regional, nacional y supranacional y es aquí donde, reiteramos, que la capacidad del geógrafo resulta prioritaria.

El entendimiento de la región y, en general del espacio geográfico, se renueva frente al avance de la globalización y de su relación con el territorio en sus diversas escalas y, en este escenario, bien sabemos que la geografía es una herramienta fundamental para la formación de la conciencia territorial de quienes poseen una identidad común.

Son esas identidades socio-territoriales comunes, expresadas por diversos actores públicos y privados, los que deben dialogar e interactuar para hacer posible el paradigma del desarrollo local.

Referencias

- Albuquerque, F. (1997). *Metodologías para el desarrollo económico local*. Santiago de Chile, ILPES.
- Amin, S. (1973). *Categorías y leyes fundamentales del capitalismo*. México, Nuestro Tiempo.
- Benko, G. (1999). *La ciencia regional*. Bahía Blanca, Editorial de la Universidad Nacional del Sur.
- Boudeville, J. (1957). "Contribution a l'étude des pôles de croissance brésiliens", *Cahiers de l'Institute de Science Economique Appliquée*, Cahiers disponibles, Série F, 10, 71.
- Cravacuore, D. (2006). La articulación de actores para el desarrollo local. Desarrollo local: una revisión crítica. Rofman A. y Villar, A. (coords.). Buenos Aires, Espacio Editorial.
- De Mattos, C. (1988). *La descentralización, ¿una panacea para impulsar el desarrollo local?*, Santiago, ILPES.
- Furtado, C. (1974). *Desarrollo y subdesarrollo*. Buenos Aires, Eudeba.
- Keeble, D. E. (1967). *Modelos de desarrollo económico. La geografía y los modelos socio-económicos*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local. 1971. 131-210.
- Klein, J. L. (1992). "Le partenariat: vers une planification flexible du développement local?", *Revue Canadienne des Sciences Régionales*, XV, 3, 491-505.
- Klein, J. L.; Fontan. J.-M. (2003). "Reconversion économique et initiative locale: l'effet structurant des actions collective", en Fontan, J.-M.; Klein, J.-L.; Lévesque, B. (eds.). *Reconversion économique et développement territorial: le rôle de la société civile*. Québec, Presses de l'Université du Québec, 11-1.
- Klein, J. L. (2006). "Geografía y desarrollo local", en *Tratado de Geografía Humana/*

- dirección de A. Lindón y D. Hiernaux. México, Anthropos Editorial-UAM-Iztapalapa.
- Kuznets, S. (1951). "The State as a Unit in Study of Economic Growth", *Journal of Economic History*, 11, 1, 25-41.
- Madoery, O. (2008). *Otro desarrollo. El cambio desde las ciudades y regiones*. UNSAMedita, Buenos Aires.
- McNee, R. B. (1959). "The Changing Relationships of Economic and Economic Geography", *Economic Geography*, 35, 3.
- Mérenne-Schoumaker, B. (1996). "La géographie au service du developpment local", *Cahiers de géographie du Québec*, 40, 111.
- Mier, R. (1991). *Theories of Local Economic Development; Perspectives From Across the Disciplines*. London, R. Bingham, R. Mier (ed.).
- Nogué, J. (2007). "Cartografía de los cambios sociales y culturales", en *Geografía Humana; procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*. J. Romero (coord.). Barcelona, Ariel, 173-219.
- Robinson, E. A. (1960). *Economic Consequences of the Size of Nations*. Londres.
- Rostow, W. W. (1959). "The Stages of Economic Growth", *Economic History Review*, Second Series, 12, 1, 1-16.
- Perroux, F. (1955). "Note sur la notion de 'pole de croissance'", *Economie Appliquée* 8, 1-2.
- Perroux, F. (1961). *L'économie du XXème siècle*. París.
- Prebisch, R. (1950). *The Economic Development of Latin America and its Principal Problems*. Lake Success.
- Störhr, W. B. (1992). Estrategias de desarrollo local para hacer frente a la crisis local, *Eure*, vol. XVIII, Nro. 55, Santiago.
- Wolch, J. (1989). "The Shadow State: Transformations in the voluntary Sector", J. Wolch y M. Dear (eds.), *The Power of Geography*. Boston, Unwin Hyman.